

## LITERATURA, MEMORIA E HISTORIA EN CENTROAMÉRICA

Werner MACKENBACH

En una entrevista realizada en el año 2000, el escritor nicaragüense Sergio Ramírez sostuvo que hasta el momento no se había contado la historia de Nicaragua, refiriéndose a los vacíos, falsificaciones y tabúes de la historiografía oficial. Aún existían grandes lagunas y espacios en blanco. En este sentido, los novelistas, especialmente en Nicaragua y Centroamérica, se confrontaban con una tarea a la que este autor ya había aludido en otros textos –la de contar esa historia de nuevo o por primera vez–: «Existe una estrecha relación entre estos vacíos en la Historia y la necesidad de contarla», según el ex vicepresidente de Nicaragua.

Como un *flash*, esta afirmación echa luz a las relaciones particulares entre memoria, historia y literatura en Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX y a inicios del siglo XXI, particularmente en el contexto de la época dilatada (1960-1990) de los conflictos armados y de los procesos de transición (a partir de los años 90). Desde los años ochenta, la novela histórica (o que alude al pasado histórico de manera significativa) vivió un crecimiento notable en el contexto de un incremento general de la narrativa literaria en el istmo centroamericano. Esta proliferación se inscribe al mismo tiempo en un auge generalizado de la narrativa literaria histórica a nivel internacional y se explica por algunos aspectos específicos de los procesos políticos y culturales en el istmo mismo: como la precaria existencia de una historiografía como disciplina académica independiente y crítica en muchos de los países centroamericanos hasta los años ochenta del siglo XX y la obstrucción y aniquilación de la memoria histórica por regímenes autoritarios y militares. Bajo estas condiciones, la novela (histórica) asumió un papel importante en la tarea de mantener viva la memoria histórica y de narrar el pasado desde una perspectiva que cuestionaba y deconstruía la historiografía/Historia oficial.

Hasta los años ochenta del siglo XX en Centroamérica no se pudo hablar –salvo pocas excepciones como Costa Rica y parcialmente Guatemala– de la existencia de una historiografía como disciplina académica independiente. Por regla general, la escritura de la historia estaba al servicio de la política, es decir, de la construcción del Estado-nación; con frecuencia la memoria histórica fue obstrui-

da, reprimida y literalmente aniquilada (destrucción de documentos, archivos, institutos, etc.) por los regímenes autoritarios y militares en el poder. Mientras en Costa Rica se desarrolló a partir de los años setenta una historiografía independiente de influencias político-estatales que comenzó a (re)escribir e incluso a escribir por primera vez la historia del país y de la región superando vacíos, omisiones, tergiversaciones, falsificaciones y tabúes en las historias oficiales, el desarrollo de un proceso similar en los otros países del istmo tuvo lugar con un desfase temporal significativo. Paralelamente a estas tendencias en el campo académico, la novela asumió de manera creciente la función de hacer narrable y visible otra historia, contribuyendo a la creación de una cultura de la memoria: frente a la amnesia organizada por el Estado y sus órganos represivos, la novela ha tenido una importante función política y social para poder imaginar la sociedad, la nación, y la región centroamericana más allá de los regímenes militares y de la exclusión de grandes sectores, si no de la mayoría, de las poblaciones del proyecto nacional. Al mismo tiempo el auge de la novela histórica en América Central coincide con el fin de los proyectos utópicos revolucionarios, especialmente a partir de finales de los años ochenta, inicios de los noventa y se convierte –en contraposición a la escritura testimonial por largo tiempo aferrada a esos proyectos y dominante en el campo literario– en un espacio literario donde se cuestiona y relativiza, incluso parodia, también las versiones alternativas de la historia promovidas en el marco de esos proyectos.

Con el fin de los conflictos armados en la región y la transición hacia formas de gobierno más democráticas, y por lo tanto más pacíficas –simbolizado en la firma de los acuerdos de paz entre los gobiernos autoritarios y la guerrilla de El Salvador y Guatemala en 1992 y 1996, respectivamente– la narrativa histórica centroamericana ha vivido un cambio significativo en el contexto del trabajo de memoria y reelaboración del pasado reciente. Una de las tareas más urgentes de los nuevos gobiernos pero también de las sociedades de posguerra, en general, fue la de enfrentarse con el legado sangriento de la violación de los derechos humanos especialmente en las décadas de los setenta y ochenta, cuyas víctimas principales han sido las poblaciones civiles. En estas «batallas de la memoria» sobre la supremacía en la interpretación del «pasado presente», las relaciones entre historia y literatura se han acentuado aún más, especialmente por lo que se puede llamar «la irrupción de la memoria» en ambos campos. Lo señalado por el historiador francés Pierre Nora que indaga en las delimitaciones y los entrecruzamientos entre historia/historiografía y novela, en general, es de suma importancia también para América Central: el surgimiento del tema y de la era de la «memoria» le confiere a la práctica historiográfica uno de los recursos clave de la imaginación novelesca. Y aunque la historia no hace el mismo uso de la memoria que el novelista, la integración de este tema a la historia, que había fundado su cientificidad en el rechazo y la exclusión de la memoria, le confiere ahora a la

historia una dimensión literaria basada en un arte de la puesta en intriga y el compromiso personal del historiador –acercando aún más los dos campos de narración del pasado.

La lectura y análisis de la narrativa centroamericana de las últimas décadas en Centroamérica sugieren que en la práctica literaria del istmo existe una preocupación similar por la memoria, es decir, una exploración de las formas de recordar y de este modo, (re)pensar y comprender los hechos del pasado reciente, sobre todo del pasado traumático. Así, la narrativa en general y la novela en particular dialogan no sólo con el discurso de la historia, sino también con los discursos y las políticas de memoria en sus respectivos contextos, incorporando esta dimensión a la tríada «historia, relato y ficción». Los procesos de la memoria en América Central (al igual que en otros países y momentos históricos) han producido (y son productos) de múltiples y muy diversas narraciones, entre ellos la novela y el cuento, el testimonio, los informes de la verdad, memorias (auto)biográficas, obras dramáticas, la poesía, pero también obras de otros campos artísticos (como el cine, el vídeo, la fotografía, las artes plásticas, el *performance* etc.) y de historiografía.

Las narrativas históricas –en especial, la novela– se nutren de y al mismo tiempo retroalimentan las tendencias más recientes en la historiografía, especialmente sus reflexiones sobre el estatus de la historia como ciencia en la generación de conocimiento sobre el pasado. Muchas novelas centroamericanas con referencia histórica publicadas en las décadas recientes problematizan la (posibilidad de la) escritura del pasado mismo y reflexionan sobre la distancia entre la historia como acontecimiento y la historia como relato, muchas veces en forma irónica. Este rasgo metahistórico y metaliterario está vinculado estrechamente con algunos debates en la historiografía contemporánea misma, especialmente en relación con su problematización del estatus epistemológico de la historia como ciencia en la generación de conocimiento histórico. Más allá de la ya superada polémica con la tesis de Hayden White del carácter ficcional de la historiografía, he aquí muchos vasos comunicantes y procesos de compenetración e influencia mutua entre la narración histórica literaria y la historiografía.

El quiebre de las viejas certidumbres positivistas (o estructuralistas) de la ciencia histórica que implicó una redefinición epistemológica de la misma es evidente en el discurso historiográfico más reciente (microhistoria, etnohistoria), sobre todo en la problematización de la relación entre narración-explicación-hechos del pasado como parte de la práctica historiográfica. Esta tendencia de la historia como disciplina tiene su correlato en el campo de la literatura, específicamente en las reflexiones sobre el conocimiento histórico y el relato de la historia que tienen lugar en el marco de la novela histórica, no sólo en América Latina y América Central. En lo que respecta a la narrativa latino y centroamericana en particular hay –en efecto– coincidencias significativas entre las preocupaciones de la novela his-

tórica de las últimas décadas por un lado y las nuevas corrientes historiográficas por el otro, que pueden resumirse a grandes rasgos en un cuestionamiento de las premisas epistemológicas de la historiografía liberal y positivista, la desnaturalización de la escritura de la historia (lo que en el caso de la novela ha llevado a una puesta en escena de sus mecanismos) y la convicción de la relevancia de la historia para comprender el presente. Asimismo, cabe resaltar las repercusiones de la novela histórica en la historiografía misma, que se articulan, entre otros aspectos, en el cambio del concepto de «lo histórico» (en particular, la incorporación de la «micro» e «infrahistoria» de los grupos subalternos y marginados) en la historiografía y la novelística, y en relación con la redefinición y ampliación de lo que se considera un documento «histórico» para incluir textos y objetos de muy diversa índole (narraciones orales, materiales visuales, monedas, etc.).

En concordancia con Pierre Nora se puede hablar también en el caso centroamericano de un proceso de hibridación de los dos géneros, historia y literatura, en el que la novela se destaca por su particular capacidad de hablar sobre los silencios de la historia, lo no dicho, lo no decible y lo imaginable (aunque nunca sucedido). Es por este potencial subversivo que la literatura, en particular la novela, puede ofrecer narraciones metafóricas que logran imágenes verosímiles del pasado reciente, o –en palabras de Beatriz Sarlo– «las imágenes más precisas del horror del pasado reciente». La novela –por su posibilidad de deformar, desfigurar, romper e incluso suspender por completo las referencias a hechos extratextuales (como ha señalado Jacques Derrida)– utiliza la historia como pretexto/pre-texto para la literatura y se vale de la memoria como recurso ficcional estableciendo una nueva jerarquía en la que la literatura como creación ocupa el lugar dominante sin pretender sustituir a la Historia y la memoria. Eso le da un lugar particular a la novela en la generación de conocimiento histórico, no solamente tomando (los discursos historiográficos sobre) los hechos del pasado como base de su narración, sino nutriendo la generación de conocimiento sobre el pasado y su puesta en relato en la historiografía misma.

Si, como señala Nora, la temática de la memoria le da a la historia una dimensión literaria al admitir la puesta en intriga y el «compromiso personal del historiador» como partes integrantes del texto historiográfico, para la novela, cuyo punto de partida es la libertad inherente a la imaginación literaria, el acercamiento al discurso de la memoria complica el estatuto ficcional al conjugarlo con o confrontarlo a la escritura (auto)biográfica, testimonial o periodística. En algunos casos esto resulta en un alejamiento de la ficción. En otros casos, y tal como desde la novela histórica se descubren e interpelan los mecanismos de producción del conocimiento histórico al tiempo que se produce un conocimiento alternativo del pasado, se trata de una escritura autoficcional que pone en cuestión las premisas de verdad y autenticidad de la escritura testimonial o autobiográfica, al tiempo que desestabiliza el estatuto meramente ficcional del sujeto de enunciación del

texto por medio de un anclaje más o menos explícito en la experiencia personal del autor.

El amplio espectro de las narrativas centroamericanas situadas en la encrucijada entre historia, ficción y, más recientemente, memoria, ofrece un rico panorama de los problemas sociales y políticos de la región desde la imaginación literaria así como una reflexión dialógica sobre los discursos acerca de los pasados remotos hasta los más recientes. Estas narrativas, como discurso literario regional que, en su lectura y reescritura tanto de la realidad histórica como del discurso de la historia y la memoria, aspiran a intervenir en el presente y, por ende, el porvenir del istmo. La literatura así entendida y que abarca múltiples «modalidades» o prácticas escriturales es un medio experiencial y experimental ineludible, no solamente para la generación de conocimiento sobre el pasado (al igual que una historiografía crítica), sino para la convivencia después de los acontecimientos traumáticos, que se resiste a opacar, marginar o excluir las memorias no oficiales. La(s) memoria(s) son una fuente rica para la literatura y la literatura es una fuente inagotable de la(s) memoria(s). Centroamérica está apenas comenzando un necesario proceso de trabajo de memoria (*Erinnerungsarbeit*) y de duelo (*Trauerarbeit*) que por el impacto del trauma de su historia reciente con sus profundas raíces en la historia remota tendrá una larga duración y generará nuevas y abundantes narrativas –literarias e historiográficas.